

ENTREVISTA AL GENERAL JOAQUÍN AMARO

SUS PRIMEROS AÑOS Y EL BALTISMO DE LA SANGRE Borra las leyendas del “hombre de la arracada”

CAPÍTULO I

Sin pretender destruir las leyendas que de él se han contado, y sólo por el deseo de satisfacer mi curiosidad, y sin interés de que su vida fuese conocida, puesto que no le hice saber que lo que iba a referir sería publicado en los *Periódicos Lozano*, el general de división Joaquín Amaro, ex secretario de Guerra y Marina, y el más probable candidato a la presidencia de la República de los partidos opositoristas, me hizo saber cómo había sido su juventud, cómo había ingresado a las filas revolucionarias y cómo fueron sus primeras campañas.

El general Amaro habló, durante la entrevista que me concedió y que ha sido publicada ya por los *Periódicos Lozano*, de su vida, sin reticencias, sin dar la menor prueba de modestia por las preguntas que le hice y que precedieron a la conversación.

“Para la mayor parte de los mexicanos, usted, general, es indio yaqui”, le dije.

La revolución constitucionalista

Amaro rió, sin disgusto y sin alarma, con un “¡ja, ja, ja,!” gangoso y luego me dijo:

—*¡Pero si en mi hoja de servicios militares está señalado el lugar de mi nacimiento...*

—*Sin embargo —observé—, para la mayoría nacional, usted ha sido y sigue siendo el “hombre de la arracada.”*

—*Puras leyendas, Valadés, puras leyendas...* —agregó y explicó:— *Puras leyendas que nunca he estado interesado en destruir. ¿Para qué? ¿No son estas pequeñas? ¿No se han dicho de mí otras muchas cosas que tampoco he querido aclarar?*

ACUSACIONES INJUSTAS

Le dije entonces que hacía varios años en los *Periódicos Lozano* y gracias a una importante documentación que había tenido en mis manos, había publicado una serie de reportazgos sobre las campañas militares del general Amaro; que con ese motivo algunas personas habían hecho numerosas rectificaciones asegurando que él, Amaro, había cometido numerosas tropelías en Zamora, Mich., y hasta aseguraban que en la plaza principal de esa ciudad habían sido ahorcados varios sacerdotes.

Agregué que, meses después, habiendo realizado, por cuenta de los *Periódicos Lozano*, una gira por el estado de Michoacán, había interrogado a varios de los principales vecinos de Zamora, sobre las acusaciones que en las rectificaciones se hacían a Amaro; y que ninguna de las acusaciones eran justas, pues que sólo había declarado que él, el general Amaro, en los varios meses que había tenido su cuartel en Zamora, no había cometido más arbitrariedad que haber obligado a varios sacerdotes a barrer las calles.

—*Es cierto* —asentó Amaro—. *Es cierto; pero para proceder así, recibí órdenes de mis superiores.*

Y dichas las palabras anteriores, el general Amaro, espontáneamente, sin titubear y refiriendo algunos pasajes pintorescos, me habló de los primeros años de su vida.

SUS PRIMEROS AÑOS

Joaquín Amaro nació en el rancho de Los Corrales, en las cercanías de Sombrerete, Zacatecas; pero como su padre, don Antonio Amaro, fue empleado de la hacienda El Saucillo, la familia se trasladó a este punto.

Don Antonio quiso que su hijo tuviese instrucción y lo envió a la ciudad de Durango, donde Joaquín concurrió al Colegio Guadalupano, cursando no solamente la instrucción primaria y superior, sino también teneduría de libros, pues era deseo de Antonio que el hijo sirviese en la hacienda.

Y así fue. El hijo mayor de la familia Amaro era muy joven cuando obtuvo un empleo en el escritorio de la hacienda; ayudaba al tenedor de libros y era encargado de los almacenes.

Esto ocurría a finales de 1908; la familia Amaro no podía quejarse de su suerte, pues aparte de los empleos que el padre y el hijo tenían en la hacienda, aquél poseía algunos “animalitos”.

Pero desde a principios de 1910, bien por razones del empleo que desempeñaba en la hacienda o bien por otra que no dio a conocer a sus familiares, se ausentaba muy a menudo para hacer viajes a Torreón. Estos viajes, por supuesto no dejaron de preocupar tanto a la señora Amaro como a su hijo mayor, Joaquín, máxime que conforme corrían los meses, don Antonio parecía más inquieto.

EN LA CIUDAD DE DURANGO

Por el mes de septiembre, don Antonio llamó a su hijo mayor y le dijo:

—Hijito, ya usted está creciendo; y como no veo que tenga mucho porvenir aquí en la hacienda, he pensado vender mis animalitos y darle el dinero para que establezca un negocio en Durango.

A Joaquín le pareció magnífica la idea, sin sospechar el por qué de aquella determinación de su padre; y no pasaron muchos días sin que el padre le hiciera saber que ya había vendido todo lo que tenía y que disponía de unos cinco o seis mil pesos. Al mismo tiempo, don Antonio anunció a su hijo que en un recién viaje que había hecho a la ciudad de Durango, había logrado que el comerciante duranguense señor Calderón, propietario de una tienda de comercio en la ciudad, admitiera a Joaquín como empleado.

La revolución constitucionalista

—Quiero hijito que se vaya a Durango con su mamacita y sus hermanos; trabaja con el señor Calderón, aprende el comercio, conoce la plaza y cuando ya se sienta con capacidad, instala su tiendita.

Marchó la familia Amaro a Durango; don Antonio llevó a su hijo Joaquín con el señor Calderón; y éste resolvió emplear al joven en el escritorio de la casa, con un pequeño sueldo.

Don Antonio regresó a El Saucillo; y a mediados de noviembre llegó a Durango, se despidió de su familia un tanto conmovido y dijo que iba, por razones de negocio, a la ciudad de Torreón. Hizo numerosas recomendaciones a su hijo Joaquín; quiso saber si éste tenía interés por el comercio; dejó en su poder cinco mil pesos; lo instruyó para que en un futuro cercano se estableciera por su cuenta y se ausentó de la ciudad.

DON ANTONIO, MADERISTA

Ni la señora de Amaro ni Joaquín, pudieron pensar que se habían despedido de don Antonio para siempre, pues estaban muy lejos de creer que éste tenía compromisos políticos con quienes preparaban la revolución de 1910.

Por esto, no fue poca la sorpresa que recibieron, cuando en un periódico de Torreón, el joven Amaro leyó la noticia de que su padre, acompañado de unos cuantos hombres, se había levantado en armas el 20 de noviembre; y que habiendo salido las tropas federales en su persecución, se dirigía hacia el estado de Zacatecas, donde también otros grupos se habían puesto sobre las armas.

A partir de ese día, la familia Amaro ya no tuvo noticias directas de don Antonio. Las únicas que tenían eran las que daban los periódicos; noticias que por cierto, no eran muy halagadoras, pues aparte de que hablaban de que los federales derrotaban a los revolucionarios cada vez que éstos presentaban combate, tanto a don Antonio como a otros jefes rebeldes les llamaban “bandidos.”

No obstante que Joaquín presentía que su padre sería muerto en algún encuentro con los porfiristas, experimentaba un gran orgullo por la resolución de don Antonio; y no sólo se sentía incómodo por la posición que ocupaba, comprendiendo que no convenía a los intereses del señor Calderón tener entre sus empleados al hijo de un “bandido.”

José C. Valadés

En estas condiciones, y dispuesto a liquidar su situación, un día habló seriamente con el señor Calderón, y le hizo saber su creencia de que no le convenía tener empleado en el escritorio de la casa al hijo de un jefe rebelde; y le pidió que le ayudara a realizar el desco de don Antonio, para que estableciera su propio comercio.

MUERE DON ANTONIO Y JOAQUÍN VA A VENGARLO

Accedió el señor Calderón a lo solicitado por el joven Amaro y con los cinco mil pesos de que éste disponía y algún crédito que le abrió Calderón, Joaquín pudo establecer una pequeña tienda.

En esto corría el mes de enero de 1911, y el joven Amaro, desde que se instaló en su propia tienda, empezó a conspirar de acuerdo con algunos jóvenes duranguenses que tenían simpatías con la revolución maderista. Joaquín pensó que cuando tuviera bien encaminado su negocio, lo podría dejar en manos de su madre para irse también él a la revolución, al lado de su padre.

Sin embargo, la trágica muerte de don Antonio, lo hizo precipitar su salida de Durango. Un periódico dio la muerte de la noticia de don Antonio en un combate con los federales en Tlaltenango, Zacatecas. El joven, queriendo ir a vengar a su padre, resolvió marchar inmediatamente al campo rebelde; pero para no dar una nueva aflicción a su madre, hizo creer a ésta que iría a Zacatecas con el objeto de cerciorarse personalmente si era o no cierto que su padre había muerto.

Acompañado de unos cuantos amigos, a fines de marzo el joven Amaro salió de Durango, dirigiéndose hacia Sombrerete, donde operaba don Luis Moya, compadre de don Antonio Amaro y uno de los amigos con quien éste se había sublevado. Pero los jóvenes iban con tan mala suerte, que al llegar a las cercanías de Sombrerete tuvieron la noticia de que don Luis Moya había muerto en un ataque a la población.

INCORPORADO CON ARRIETA

Ante esto, el joven Amaro resolvió regresar a Durango, para unirse a una de las partidas rebeldes que operaban en este estado, eligiendo la que estaba a las

La revolución constitucionalista

órdenes de Domingo Arrieta. Esta elección la hizo porque era fama que don Domingo era uno de los jefes más serios.

Incorporado a las fuerzas de Arrieta, el joven Amaro, unas cuantas semanas después, entraba a la ciudad de Durango, ya el maderismo triunfaba en toda la República.

Creyendo que el maderismo ya no necesitaba de sus servicios, pidió su baja; pero Arrieta le hizo saber que no podía licenciar a sus fuerzas en tanto que no recibieran órdenes del señor Madero, y entre tanto lo comisionó para que con algunos hombres marchara a la sierra en persecución de algunos bandoleros.

Amaro, que ya ostentaba el grado de sargento, recorrió el distrito de Tama- zula, Dgo., y el de Cosalá, y en el estado de Sinaloa, y al regresar a la ciudad de Durango, junto con todas las fuerzas de Arrieta, fue enviado a la ciudad de Torreón, donde los grupos maderistas iban a ser licenciados.

En Torreón, los maderistas fueron acuartelados en una finca en las afueras de la ciudad, donde después de esperar largos días, llegó a pasarles revista el coronel maderista Gertudis G. Sánchez, jefe del Estado Mayor del general Emiliano Madero.

Sánchez, quien iba con instrucciones de proceder al licenciamiento inmediato de aquellos hombres, se quedó sorprendido por el orden, la compostura, la fuerza y la uniformidad de las fuerzas que habían sido a las órdenes del general Domingo Arrieta.

—*Casi todos éramos jovencitos; los más eran altos, fornidos, llenos de vida, sinceros y maderistas de todo corazón* —recuerda hoy el general Amaro.

EN EL CUERPO RURAL DE SÁNCHEZ

Seguramente la impresión que esos muchachos causaron en don Gertudis Sánchez fue la causa por la cual éste no llevó a cabo el licenciamiento, no obstante las órdenes que tenía; pues después de haber pasado revista se retiró sin explicar por qué no llevaba a cabo la disolución del cuerpo.

Varios días después se presentó en el cuartel, e hizo saber que por acuerdo del “supremo gobierno” aquellos revolucionarios maderistas pasaban a constituir el 28º cuerpo rural de la federación.

Sánchez quedó como comandante del nuevo cuerpo rural, y procedió, desde luego, a organizar cuatro escuadrones. Los maderistas, inclusive Amaro, quedaron en calidad de soldados.

Organizado el 28º cuerpo rural, fue movilizadado a San Pedro de las Colonias; después a Piedras Negras; más tarde a Saltillo.

—*Pero parece* —explica hoy el general Amaro— *que los del 28º, que casi en su totalidad eran duranguenses, no caían muy bien, y por esto éramos cambiados de un lugar a otro.*

A fines de 1911, del 28º fue trasladado a San Luis Potosí. Amaro tenía ya el grado de subteniente. El comandante Sánchez había descubierto en él, no sólo un buen escribiente, que llevaba el detalle, sino también un muchacho aplicado y gustoso de la milicia, pues había leído y releído la Ordenanza del Ejército, y su mayor preocupación consistía en la instrucción militar de sus compañeros.

Poco tiempo permaneció el 28º en San Luis Potosí. Los nuevos rurales gustaban mucho de la camorra y andaban en constantes reyertas con los potosinos y con los soldados federales. Aquellos duranguenses tenían fama de atrabiliarios, por más que el comandante Sánchez cuidaba siempre la disciplina en el cuerpo, no obstante lo cual armaban de vez en cuando alborotos que servían para que se les acusara de desordenados.

LOS ZAPATISTAS LOS RECIBEN A BALAZOS

Para el gobierno federal parecía un verdadero problema dónde tener al 28º, cuyos soldados estaban ansiosos de guerra; y dispuso que abandonaran la ciudad de San Luis y se reconcentraran en la capital de la República.

El 28º llegó a México en los primeros días de enero de 1912, quedando acuartelado en el cuartel del Pocito, en la Villa de Guadalupe.

No habían pasado muchos días de la llegada al Distrito Federal, cuando el inspector de los cuerpos rurales, general De la Vega, se presentó en el hotel donde se hospedaban Sánchez y Amaro, e hizo saber al primero que el 28º se acababa de sublevar en La Villa.

El comandante y su ayudante se dirigieron en el acto a Guadalupe, y al llegar supieron que era inexacta la noticia de la sublevación; que los del 28º, indignados por el proceder de unos soldados federales, habían tomado sus

La revolución constitucionalista

armas, matando a dos de éstos y que después, pacíficamente habían vuelto a su cuartel.

Ante este nuevo incidente, la Secretaría de Guerra dispuso que el 28^o fuese enviado al estado de Morelos a combatir a los zapatistas.

El 18 de enero, los nuevos rurales fueron embarcados en un tren y enviados a la hacienda El Treinta, en Morelos.

—*Llegamos, refiere el general Amaro, como a las ocho de la mañana del 19, y cuando apenas íbamos a desembarcar los zapatistas nos recibieron a balazos. ¡Qué balacera! Combatimos con furor, como los hombres; como los zapatistas llegaban hasta nuestros carros; peleamos desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche... ¡Fue mi bautizo de sangre!...*

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 9 de abril de 1939, año xxvii, núm. 56, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 9 de abril de 1939, año xiii, núm. 206, pp. 1-2.